

La contribución política de la sociología de la educación

¿Para qué educar?

por Dante Castillo* y Mario Torres**

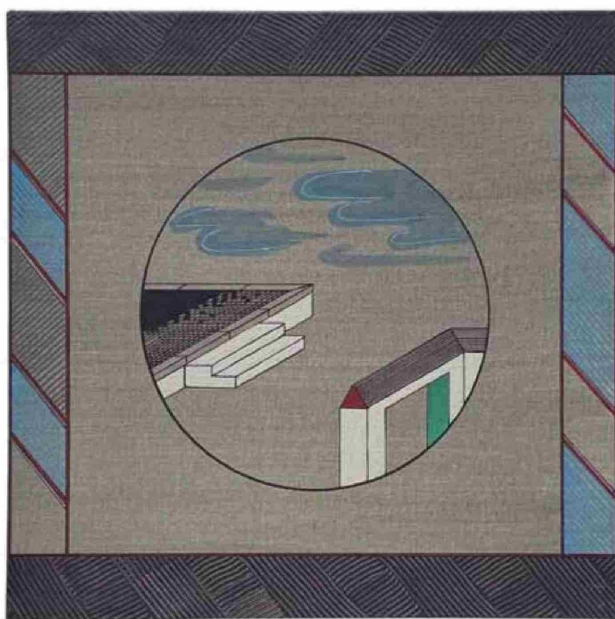
Desde la sociología de la educación, la pregunta “¿para qué enseñar?” o “¿por qué educar?”, no es una reflexión exclusivamente filosófica, abstracta o meramente teórica. Por el contrario, se constituye en el eje que determina el propósito de la formación, en cualquier nivel educativo. Al mismo tiempo, realizar estas preguntas es muy relevante para determinar si una reforma o una innovación educativa, es realmente un dispositivo que junto con buscar mejorar el proceso de escolarización, también contribuye a una transformación social que pretende aumentar el bienestar de las personas. Por lo mismo, una innovación educativa carente de estas preguntas, frecuentemente se convierte simplemente en un cambio cosmético de herramientas técnicas para atender la manifestación de un problema emergente en el ámbito educativo o, en un procedimiento para mejorar las puntuaciones de algún desempeño que se quiere aumentar.

Es cierto que necesitamos actualizar las técnicas y las herramientas metodológicas que permiten realizar mejores clases y obtener mejores aprendizajes. Pero si estas actualizaciones olvidan el “para qué educar”, entonces la enseñanza se reduce a procedimientos pedagógicos y metodológicos desconectados de las características de las sociedades en las que se insertan las escuelas, liceos y universidades y al mismo tiempo, no dan cuenta de los intereses y acciones de los actores educativos, sociales, culturales y políticos.

Dicho de otra forma, pensar la innovación educativa desde el propósito (el *telos*), permite desnaturalizar la idea de que “lo nuevo” es intrínsecamente “mejor”. Al mismo tiempo, también ayuda a entender qué tipo de sociedad estamos viviendo y estamos construyendo.

La tensión entre reproducción y transformación social

La disciplina de la sociología, especialmente a partir de la contribución y síntesis realizada por Pierre Bourdieu nos advierte que dejar de pensar en los “por qué” de la educación, es equivalente a omitir que el sistema educativo y sus instituciones, tienden a reproducir las desigualdades preexistentes y las posiciones en las que se ubican sus actores en la pirámide social. Una reforma o innovación educativa sin propósitos que trasciendan el trabajo técnico del profesorado en el aula, es lo mismo que introducir tecnología (como el uso de IA o de computadores en el aula) sin preguntarnos el *para qué*.



Inés Schmidt, *El portal* (Acrílico sobre tela), 2024
 (Colección particular)

Es decir, se corre el riesgo de automatizar la exclusión o crear una “brecha digital” más profunda.

Al preguntarse para qué enseñamos y acordarle participativamente estas decisiones, la innovación o la reforma educativa adquiere un propósito, que volviendo al diagnóstico de Bourdieu, puede enfocarse en la movilidad social o en la democratización del conocimiento, buscando romper los ciclos de reproducción.

El currículum como campo de poder

Otra clásica contribución de la sociología a la educación se aprecia en la reflexión sobre el currículum escolar. Desde esta perspectiva, los contenidos de planes educativos dan cuenta de lo que se ha decidido enseñar, pero, sin la pregunta por el *para qué educar*, se omiten o se dejan de mostrar las disputas de poder dentro de una sociedad. A modo de ejemplo, exagerado: ¿queremos innovar en la enseñanza para formar «capital humano» dócil, que se ajuste al mercado laboral (visión tecnocrática), o bien, queremos enseñar para formar una ciudadanía crítica y capaz de contribuir activamente en la transformación de su entorno (visión emancipadora)?

Lamentablemente, en sociedades como la nuestra, la innovación educativa en el currículum suele ser vista, introducida y declarada como una «mejora de la eficiencia», libre de los intereses de la política educacional y de los administradores de turno. Pero, en la pregunta sociológica por el *para qué* innovar en los contenidos curriculares, la respuesta implica analizar, reflexionar y cuestionar qué voces y qué saberes se estarán validando y transmitiendo en el aula.

El sentido de la experiencia educativa

En los conceptos de la modernidad líquida de Bauman o en la de las sociedades del rendimiento de Han, actualmente la escolarización y la formación profesional universitaria corren el riesgo de perder su sentido humano, en la medida que continúan abandonando la reflexión sobre los propósitos de la educación y su contribución al bienestar humano, más allá de su función instrumental, tecnocrática o ajustada exclusivamente a las demandas productivas. Lo que hoy se está observando es una desafección escolar creciente, con indicios que amplios sectores del estudiantado ya no le encuentran sentido a la escuela o a la universidad, por-

que una enseñanza concentrada solo en el “cómo” se descarga de Internet, sin necesidad de asistir a clases y cumplir con los ritos escolares.

Interrogarse sobre la finalidad última del acto educativo no es un mero ejercicio retórico, sino un acto de resistencia frente a la tecnificación de la enseñanza. Cuando la educación se reduce a la optimización de la “performance” y al cumplimiento de estándares métricos, se corre el riesgo de vaciar el aula de su contenido humano y transformarla en una cadena de producción de competencias deslocalizadas. Recuperar la dimensión pedagógica implica, por tanto, devolver el protagonismo al pensamiento crítico y a la formación integral, permitiendo que docentes y estudiantes se reconozcan como sujetos históricos y no solo como engranajes de un sistema de rendimiento.

Desde una perspectiva sociológica, el abandono de la reflexión sobre el “para qué” tiene consecuencias profundas en el tejido social. La obsesión por la técnica y la eficiencia, despojada de una teleología clara, fragmenta el sentido de pertenencia de los individuos. Al priorizar el éxito individual medido en resultados estandarizados, se debilita la cohesión social, ya que la educación deja de ser un espacio de construcción de identidad colectiva para convertirse en un campo de competencia técnica. Sin un propósito compartido que trascienda la mejora del desempeño, la escuela y la universidad pierden su capacidad de generar vínculos significativos y de dotar de sentido a la vida en comunidad.

La relevancia de la sociología en los ecosistemas de escolarización y formación profesional reside en su capacidad para desarticular el mito de la neutralidad en la innovación y las reformas educativas. La evidencia sociológica demuestra que cualquier transformación estructural responde a intereses subyacentes; por ello, ante la ausencia de un debate democrático y profundo sobre los fines últimos de la educación, el sistema queda expuesto a una colonización por parte de las lógicas del mercado o la inercia tecnocrática. Sin un acuerdo explícito sobre el sentido pedagógico, la innovación se reduce a una herramienta de eficiencia productiva, despojada de su potencial transformador.

Pensar el propósito de la enseñanza y la educación, es el primer gesto para discutir, acordar o retomar el control sobre el proyecto de sociedad que queremos gestionar a través del trabajo docente en las escuelas, liceos y universidades nacionales. ■

*Investigador PIIE, **Académico UTEM.